y sin interrupcion? A fin de no distraerse jamás en la oración y para imitar en todo á su Maestro, inventa una forma de crucifixión, quedándose en una cruz asida por los brazos en unas argollas, durante horas enteras absorta en la consideración de las penas de Jesús y de su dolorida Madre. ¡Ah! señoras, muchas veces solemos tomar los fervores que sentimos en la oración por subida piedad. Pero apenas el primer soplo de la tentación apaga esa momentánea llamarada, caemos en el desaliento, nos creemos perdidos y nos entregamos con frenesí á la disipación de los sentidos. La verdadera y sólida devoción no ama á Dios por solo interés sino especialmente por ser bondad infinita y único objeto digno de nuestra felicidad.

Al trazar esta parte de la vida de Mariana, no puedo olvidar un rasgo de sublime desinterés. Pide al Señor que no la lleve por el camino de los regalos y consuelos y que la haga gustar las amarguras del desamparo de su Esposo en Jetsemaní y en el Calvario. Mientras las apacibles auras del Divino Consolador de las almas dirigió sus rumbos, las aflicciones y las penas fueron para ella dulce bonanza; pero cuando se oscureció el Divino Sol que la iluminaba, vióse á oscuras y en espesas tinieblas, viendo trocada la devoción en tedio, y en aridez y sequedad las lágrimas. Dejad á un lado vuestro recelo, si teméis que el corazón de la Santa desfallezca ante esta nueva prueba tan terrible para la humana debilidad, cuando el mismo Redentor en presencia de ella se vió obligado á exclamar: (1) *¡Padre mío, si es posible que pase de mi este cáliz!* A semejanza de la mujer fuerte, había traído de lejanas tierras en la nave de diligente mercader, preciosos tesoros de paciencia que había venido acumulando en su corazón para los tiempos malos; ella puso la fortaleza como un cinto al rededor de sus espaldas y fortaleció su brazo; la luz de la lámpara de los divinos consuelos se eclipsará momentáneamente, pero pronto la veréis brillar con nuevos fulgores. En medio de su desamparo no cesa de exclamar: «¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la apacibilidad de vuestro rostro, ni entrar en el tálamo de vuestros favores ó en la bodega del vino suave de vuestros consuelos? Pues, huid de mí, Amado mío. Vengan más tedios y sinsabores; pero miradme aunque de lejos con vuestra gracia y amparo.» Como la Esposa de los cantares atraviesa montes y collados y puebla las calles y plazas con los ecos de su alma dolorida; é imitando á la amante Magdalena, pregunta donde quiera: (2) *Han*

(1) S. Mateo. 26.39.
(2) S. Juan. 20.15.

llevado á mi Señor, si tú lo has tomado dime ¿dónde lo has puesto? Quiso también el cielo aumentar la pena de su hija predilecta quitándole á su Director Espiritual que era el único humano apoyo que tenía para confortarse en tan recia lucha, para que se pareciese en todo á Jesús que aún en su agonía se vió abandonado por sus amigos. ¡Almas que habéis experimentado los desconsuelos del espíritu ó que vivís atormentadas por los escrúpulos, aprended en el ejemplo de Mariana de Jesús á levantar vuestros espíritus fatigados desde esta miserable mansión de lágrimas á las alturas serenas del cielo!; no abandonéis entonces ni la confianza ni vuestras prácticas, antes seguidlas con más empeño que nunca; si Jesús á veces parece que se esconde á nuestras miradas, como cuando se perdió en el templo, es para enseñarnos á no buscarnos jamás á nosotros mismos; es para decirnos que cuando parece estar más lejos es cuando está más cerca de nosotros.

En medio de pruebas tan formidable repite Mariana con el Santo Job: (1) *Post tenebras spero lucem* y con el Salmista: (2) *Probasti cor meum et visitasti nocte.* Ella sabía por la experiencia de otros Santos que después de las tinieblas habría de lucir radiante el sol de Jesucristo; no ignoraba que los justos son piedras preciosas cuidadosamente labradas para engastar un día la corona del Rey de los siglos.

Y cuando el señor en su infinita bondad le devuelve sus favores ¡qué inmensa gratitud y hacimiento de gracias! ¡Qué ofrecerse como un holocausto puro, armada de nuevas energías para la lucha ansiosa de sufrir más y más tormentos por su amor! A Mariana le fué dado repetir aquellas palabras: (3) *Quesivi sapientiam palam in oratione mea.* Pues bien, la oración será la que le enseñe la conducta que debe observar en las iluminaciones del triunfo.

TERCERA PARTE

Tres grados de perfección relativa puede recorrer el alma en el camino de la santidad: la vía purgativa, en que ella se purifica de

(1) Job. 17.12.
(2) Ps. 16.3.
(3) Ecles. 51.18.

sus pecados y defectos, la contemplativa ó iluminativa en que el alma es ilustrada interiormente por medio del recogimiento y humildad, y la unitiva, que es la consumación de la caridad en las almas llamadas á la vida perfecta. Puede decirse que Mariana no conoció el primer camino, más bien dicho, su vida entera fué una purificación continua sin que hubiese manchado la estola de su inocencia con el más leve pecado. Ya hemos hablado del segundo grado al tratar de la oración de la santa. Réstame el tercer grado ó sea la perfecta unión de Jesús y Mariana por el amor y la pureza que constituyó como su desposorio místico.

La primera disposición para la perfecta unión entre Dios y su creatura, por medio de la caridad, es la pureza del corazón. Así como á través de un cristal empañado no penetra la luz sino débilmente, así las imperfecciones é impurezas del alma impiden llegar hasta ella los rayos de la lumbre celestial. Y bien, esta fuerza del corazón comprende dos cosas: la pureza de la intención que es como la castidad del espíritu, y la pureza del cuerpo. (1) *Si tu ojo es simple*, dice Jesucristo, *todo tu cuerpo será luminoso*». Siendo la intención como el ojo del alma y el motivo que la impulsa á obrar, si ese ojo es simple, es decir, si la intención es pura y mira sólo al Creador ¿cómo creer que las acciones que se derivan de nosotros como arroyos de una misma fuente, no participen de esta hermosa luz espiritual?

La gracia, señores, obra siempre que no encuentra obstáculos y su abundancia estará siempre en relación directa con la disposición de nuestro espíritu. Y porque el Señor no le encontró en Mariana sino que al contrario la vió dispuesta á todo acto generoso, llegó ella en el corto término de su vida á un altísimo grado de amor de Dios. ¿Cabe ponderar ahora los subidos quilates de su castidad y pureza? Ya la habéis visto hacer casi por instinto, voto de consagración de su cuerpo y alma á los cinco años, voto que ratifica á los diez con indecible contento de todo su sér. Así como la vida sensual tiene el triste dón de hacer carnal al mismo espíritu, así la penitencia llega á espiritualizar, por decirlo así, la misma carne. ¡Llenaos de santa admiración, señores! El cuerpo de Mariana no experimentó jamás movimiento libidinoso ni tuvo ella pensamiento sensual que deslustrase la sin par brillantez de su alma, por lo cual el cielo quiso,

(1) S. Lucas. 11.34.

por modo maravilloso, manifestar su agrado haciendo brotar una cándida azucena en el mismo sitio regado con su sangre.

¡Oh, celestial virgen puesta por Dios para enseñanza de la mujer americana! Enséñanos el secreto que te hizo semejante á aquella flor de la cual dijo Plinio: *Nulli florum major excelsitas*. ¡Comunícanos por las sendas que te condujo el Altísimo, que secó en tí hasta en su misma fuente la concupiscencia que mata todas las energías del corazón! Y ¿qué os diré, madres que me oís, al observar los funestos efectos de la molicie en la juventud que se levanta? ¡Ah! Inspiradle desde temprano el temor de Dios que es el principio de la sabiduría, vigilad con ojo avizor su educación, evitadle las ocasiones, atrayéndola á entretenimientos lícitos, instruidla con santas máximas y animadla con vuestro ejemplo.

Habiendo encontrado el amor divino en el alma de nuestra virgen un terreno propicio, pronto echó raíces con el riego de la oración; el tallo subió á la altura ostentando en derredor el sublime espectáculo de una virtud comunicativa. Pronto la veréis dar hermosísimos frutos para la vida eterna. Hubo un tiempo una falsa escuela que hacía consistir la perfección en la quietud, en la total destrucción de toda la actividad de nuestro espíritu. Mariana, por el contrario, creía que el espíritu de Dios es sobre todo activo y eficaz; que, como decía San Bernardo, el amor jamás está ocioso y que si no emprende obras es porque no es amor verdadero. El celo por la gloria de Dios la consumía y por eso castigaba en su propio cuerpo las maldades de los hombres.

Se me ocurre que ella, en su deseo de amar y consumirse por su Bien, le diría con San Agustín, con toda la vehemencia de su alma apasionada: «*Me ordenáis que os ame, Dios mio, como si no fuera la mayor de las desgracias dejar de amaros*». ¡Yo os amo, Señor, le diría también, con todo mi corazón, con toda mi mente, con mis fuerzas todas, y mi único anhelo es poseeros para siempre! ¡Ah quién me diera amaros con un ardor igual al de todos los ángeles, santos comprensores y espíritus celestiales! ¡Oh, mi Dueño y amado de mi alma, os amo más que á mí misma y no pudiendo más os amaría, si me diérais, con la caridad infinita con que os amáis Vos mismo!

¡Ah, señores! ¿¿cómo podré yo dar una leve idea del afecto de la Azucena de Quito, sintiendo yo por Dios un afecto frío y desmayado? ¡Prestadme, Señor, la elocuencia de los Agustines y Crisóstomos! Pero, con todo ¿cómo poder encerrar en el mezquino labio

humano lo que los cielos no pueden contener? Vuestro amor es vida y es goce, vuestro amor es consuelo y es paz, vuestro amor es incendio que abraza en llamas de inextinguibles ardores.

Cuando Mariana recibía en su pecho á Jesús Sacramentado le comunicaba sensiblemente los efectos de su visita, de tal suerte que un sacerdote al volverse en la misa para decir «*Dominus vobiscum*», vió su rostro lleno de resplandores y encendido como una ascua. ¡Y le era tan necesario ese pan que si por accidente imprevisto llegaba á faltarle, perdía la salud y las fuerzas corporales!

Dotóla el Señor con el don de lágrimas y cuando se confesaba eran tales los raudales que derramaba como si fuera la mayor delincuente del mundo.

Si fué grande su caridad para con Dios no fué menor la que tuvo para con el prójimo tanto en las espirituales como corporales necesidades. Dice San Bernardo que la caridad hacia el prójimo es la segunda ala del amor. Ya en su niñez abandonó la santa su casa para ir á convertir á los salvajes, empresa que dejó solo por divina inspiración. ¡Ah! era tal su celo por la salvación de las almas que consiguió que todos los domésticos de su casa confesaran cada semana, y cuando sabía de alguna alma que estaba en pecado, redoblaba sus penitencias hasta lograr su conversión. ¡Oh, virgen, te he comparado, con mucho acierto, á la palmera porque cuanto más excelsa más inclina al suelo su cabeza cargada de opimos frutos; y tú también mientras más remontabas el vuelo hacia el cielo de la perfección más abajo te inclinabas para tender tu mano caritativa á los desvalidos de alma y cuerpo! ¡Ah, señores! ¿Cómo ponderar el espectáculo que se ofreció muchas veces á la puerta de su casa? Yo veo allí niños y niñas indígenas en estado de lamentable desnudez, recibir de su propia mano el sustento; la contemplo cuando les enseña los rudimentos de nuestra santa fe con admirable paciencia, la miro escoger entre todos á los que parecen más repugnantes para quitarles asquerosos insectos y besarles en seguida respetuosamente los pies.

¡Qué diferencia entre su caridad y la vuestra! Vosotros amáis á menudo por egoísmo, no por móvil sobrenatural. Amáis á aquellos que os agradan por su carácter y simpatía; ó que os recrean con sus maneras graciosas ó á aquellos de quienes esperáis algún servicio; amáis de una manera caprichosa, inconstante, versátil. ¡Ah! este modo de amar no es cristiano; así aman los paganos. El verdadero

amor de Dios es universal, abarca á todos los hombres, es desinteresado, no buscando sino el bien del prójimo; se conduce siempre por la dulzura, nunca por la violencia. El amor verdadero no se irrita, no es envidioso de la dicha ajena y si triunfa de los otros no es por el mando intemperante que divide sino por la suave eficacia de la persuasión que, sin sentirlo, atrae y subyuga. La caridad es sobre todo paciente.....

Al llegar á este punto, ¿podré dejar pasar una preciosa oportunidad de recordar la invicta paciencia de Mariana con los prójimos y consigo misma? De la primera algo os he dicho. En cuanto á la segunda quiso el Señor añadir á sus asombrosas penitencias voluntarias una larga cadena de cruces y enfermedades que la agobiaron toda su vida. Los últimos ocho años de su vida los pasó con fiebre contínua y con un dolor tan intenso que pensaba ella que si le durara un cuarto de hora seguido, le quitara la vida. Y cuando sus parientes le dicen que pida á su Esposo le quite sus dolores ¿sabéis qué contesta? ¡Cómo puedo yo suplicarle tal cosa habiéndole pedido que me los dé y cuando tan dadivoso se ha dignado concedérmelos!

No concluiré, mis hermanos, sin hablaros de los grandes favores con que el cielo quiso mostrar aún durante la vida la especialísima ternura que le merecía nuestra bienaventurada.

Dióla el Señor el dón de profecía con que ha solido obsequiar á las almas puras y virginales, cuya vista parece penetrar con maravillosa claridad en los sucesos del porvenir. Si á Juan Evangelista le fué dado ver primero que al mismo Pedro, que era cabeza de la Iglesia, al Redentor después de la resurrección es porque su virginidad le hizo vidente ó profeta. ¡Oh, almas puras! sois émulas de los ángeles porque viviendo aprisionadas en vaso material y corruptible adquirís la transparencia, la agilidad, la brillantez de los puros espíritus. ¡Felices vosotras porque veréis al Señor en la otra vida, seguiréis al Cordero adonde quiera que vaya y formaréis la guardia de honor del Rey que se apacienta entre los lirios!

Enriquecióla Dios también con el don de milagros extraordinarios que hizo en vida y después de muerta. Aquel Señor que es magnífico y generoso en sus recompensas, aquel Señor que nos ha asegurado que no dejará sin premio un vaso de agua dado al pobre en su nombre ¿dejaría sin galardón á la que hizo de su alma un santuario, de su cuerpo un holocausto y de su vida entera una ofrenda?

(1) *Sicut socii passionum estis sic eritis et consolationis.* Después de haberla Dios afligido con tantas penas, viene á regalarla con el goce anticipado de la bienaventuranza inundando su alma con celestiales delicias.

La paz, la dulce paz del corazón desconocida por los esclavos del mundo, la libertad de los hijos de Dios que triunfa de los sentidos y hasta de la muerte ¿qué otra cosa fueron sino carismas con que Dios enriqueció una alma tan madura para el cielo? ¿Lo creeréis, hermanos míos? en medio de todas sus penas y dolores siempre tuvo Mariana retratada en su apacible rostro la alegría de los ángeles y jamás le faltaron las fuerzas para pulsar la guitarra y entonar canciones amorosas, que á modo de saetas de amor subirían á clavarse en el corazón de Dios.

Ha llegado, católicos, la hora de concluir. La vida de los santos, por mucho que se diga, tiene algo de misterioso y sublime que nos será dado conocer en el gran día. Si me habéis seguido con paciencia en esta descarnada narración del heroísmo de Mariana de Jesús, tal vez habréis encontrado que supera nuestras fuerzas. Lo confieso. Pero, señoras, si podéis decirme: yo no puedo hacerlo todo, no podréis decirme: yo no puedo hacer algo. Podréis decirme: no tengo fuerzas para tomar la disciplina y abandonar mi blando lecho, pero no podréis observarme: no puedo ser humilde, caritativa, celosa en el cumplimiento de los múltiples deberes domésticos.

Entre tanto, se aproxima la hora de la liberación y del triunfo. (2) *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* No quiso el Señor privar á su sierva de una última corona: la del martirio. Aquella cuya vida fué una continua inmolación verá coronada su frente con la diadema de las vírgenes y en sus manos empuñará la palma de los mártires. Dice San Gregorio que es heróicamente caritativo quien se ofrece por la vida y salud del prójimo. Pues bien, habiendo enviado Dios sobre Quito una serie de espantosos temblores de tierra agravados por una terrible epidemia, un predicador sube al púlpito y después de excitar al pueblo al arrepentimiento como Moisés ofrece al señor su vida, pero su oferta no es aceptada. Mariana que le escucha quiere disputar al sacerdote la gloria del martirio. Dios la oye y su oferta fué aceptada. Oh, Mariana, ¿qué fuego es el que te abrasa? ¿qué deseos son esos de ser bautizada

(1) 2. Cor. 1.7.
(2) Ps. 115.15.

con bautismo de sangre y como estás violenta hasta verlo realizado? ¡Ah! la fiebre que de tí se apoderó era efecto del amor divino.

Por eso te oigo decir como Cristo agonizante: *Scitio*, tengo sed, pero sed de amor, tengo sed de abrasarme en vivos tormentos, sed de morir por mi Bien. Por eso las medicinas serán impotentes: pronto extenderás tus alas para volar á otras playas donde podrás aspirar las brisas celestiales.

¿Quién podría dar, católicos, un fiel trasunto de las virtudes de que dió pruebas Mariana durante su última enfermedad? Ni aún en esos supremos momentos abandonará la idea de sufrir sin tasa, ni buscará una postura cómoda, y para dar una última prueba de amor á la pureza pedirá al Señor reduzca, al expirar, sus despojos mortales á menudo polvo y ceniza á fin de libertarlos de todo contacto humano.

Me parece que en esos instantes escucharía la voz del Esposo que le diría como á la esposa de los Cantares: (1) «*Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia y vénte al campo pues ya pasó el invierno y cesaron las lluvias. Oh, casta paloma mia, tú que anidas en los agujeros de las peñas y en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos, pues ella es dulce y lindo tu rostro. Ven al Libano y serás coronada*».

¿Quién podrá decir ahora los sentimientos de piedad ternísima con que Mariana se dispuso á recibir el Santo Viático, que por humildad no hizo venir de la parroquia sino del hospital de los pobres? ¿Cuál de los circunstantes que la acompañaron entonces no sentiría enternecido el corazón al verla recibir al Huésped Divino, al imán de su corazón y de su vida, arrodillada á los pies del sacerdote y deshecha en lágrimas? ¿Cómo sondear las avenidas de consuelo con que Dios inundaría su alma? Sólo sé decir que después de besar con delicia las llagas del Crucifijo y de posar dulcemente sus labios sobre la corona de espinas, sin experimentar los horrores de la agonía en un acceso de purísimo amor, expiró á los veintiseis años de edad.

Y ahora ¿intentaré, hermanos míos, proponer á vuestro ejemplo tan santa muerte? ¡Ah! la muerte es el espejo de la vida.

En esa hora tremenda es cuando el justo recoge el fruto de sus buenas obras y el malvado contempla con espanto los terribles efectos de una mala vida. ¡Qué dulce es morir cuando se cree, se espera

(1) Cant. 2.10.

y se ama! ¡qué dulce es morir cuando se ha servido á Cristo, cuando se ha vivido para imitarle y se espera recibirle! ¡qué dulce es morir cuando se sabe que la muerte es la puerta que nos abre la entrada á la eterna y dichosa vida!

¡Oh, Divino Redentor! ¿Cuál será nuestra suerte por toda la eternidad? Nos será dado sentarnos en el festín de vuestros ángeles ó seremos para siempre condenados al tormento de no amaros? Ah, hermanos míos, si no sois del número de los predestinados haced del modo que lleguéis á serlo; volved á los tiempos de vuestro primitivo fervor inspirados en el suave ejemplo de los santos é imitadlos siquiera en la medida de la gracia que se os ha concedido.

Y tú, ¡celestial virgen Mariana! tú cuya vida se consumió en el amor de Dios y en obsequio de las almas pecadoras; tú cuya muerte fué ofrendada en satisfacción de los pecados de tu pueblo, vénos hoy á tus pies implorando tu poderoso valimiento; y ya que el cielo te otorgó siempre lo que pediste, haz que tus virtudes inspiren los corazones de las jóvenes cristianas y les comuniquen vivos deseos de perfección; alcánzanos á todos el don de la perseverancia final y que colocados bajo el amparo de nuestra dulce madre María, merezcamos cantar en los atrios celestes un himno de eterna gratitud.